

Keanu Reeves **China Miéville** **el libro de otro lugar**



Traducción de Pilar Ramírez Tello y Manuel de los Reyes

GRANTRAVESÍA

agua



Llevas una eternidad caminando. Llevas caminando un suspiro. Tan verdadera puede ser una cosa como todo lo contrario.

Cuando le contaste a Kaisheen que tenías un viaje que hacer, la embargaron el enfado y la pena y te rogó que no te marcharas. Acababa de nacer su hijo, cuyos ojos y boca, cuyo conjunto de expresiones, aún se veían tan imprecisos como la arcilla; aunque Kaisheen decía ignorar cuál de sus maridos era el donante de esperma, el bebé respiraba y tú sabías que no podía ser tuyo. Podría serlo, según ella (no te molestaste en explicarle por qué se equivocaba), algo que conllevaría ciertas responsabilidades; según ella, estaría mal privarlo de una figura paterna. Lo que se abstuvo de decir fue que deseara que dicha figura fuese la tuya.

Has intentado cometer actos crueles en más de una ocasión y volverás a hacerlo, sin duda, pero ya llevas más de cuatrocientas estaciones coqueteando con el desapasionamiento, de modo que te alejaste de su dolor sin mostrar la menor emoción.

Si aquella criatura vive todavía, será ya un anciano, y quizá las historias que cuente estén protagonizadas por un niño cuyos padres lo abandonaron. Si aquella criatura vive todavía, casi la totalidad de su existencia, menos aquel primer puñado de días, será el cómputo total de la duración de tu viaje.

Una vez te pasaste tres generaciones sentado, inmóvil, instalado en una silla de piedra a medio camino de la cima de una montaña, tan sólo para ver qué sucedía. No sucedió nada.

En esta ocasión has bajado al sur sin premura, atravesando diversos parajes inhóspitos mientras evitabas los pequeños asentamientos, abriéndote camino por densos humedales, tan saturados como si el mundo mismo estuviera sudando; has cruzado ríos congelados que aguardaban el momento de volver a fluir algún día, de desaparecer y dejar tan sólo un rastro de piedras por toda señal de su paso.

Hace años llegaste a la costa y supiste que el lugar llamado Suhhal se hallaba al otro lado del mar poco profundo que se extendía ante ti. Buscaste y encontraste a los pobladores de aquel estuario, que tienen el mentón pronunciado y recapacitan largo y tendido antes de hablar. Largo y tendido recapacitaron antes de acceder a llevarte en sus canoas hasta el corazón del archipiélago.

Adhiriéndose a las normas de la hospitalidad, declinaron tus ofrecimientos de ayudar a remar, por lo que quedaste relegado a representar el papel de atento mascarón de madera erguido en la proa de aquella embarcación alargada. Cuando se desató una tormenta, el segundo más joven de la tripulación se cayó por la borda, tú saltaste detrás de él y, surcando las tinieblas, lo sacaste a la superficie. Cuando las olas adoptaron una calma antinatural, el lomo de una inmensa bestia de color verde surgió a un remo de distancia, precursor de una cabeza entre ofidia y crustácea cuyas mandíbulas chasqueaban voraces, y mientras la tripulación se desgañitaba, imploraba la ayuda de sus difuntos y llamaba al animal por el nombre de cualquiera que fuese la perversa deidad oceánica por la que la habían tomado, tú te erguiste en la cubierta escorada gritando a tu vez, pero de alivio, pues llevabas ya varios días acumulando tensión, sin liberar el fuego helado que crecía siempre incesante en tu seno, como sabías que debías hacer, como

hiciste, con la mirada fija en el brumoso velo azul-blanco-azul que te envolvía, saltaste de la canoa obsidiana en ristre y lastimaste al desconcertado leviatán y forcejeaste (debiste de hacerlo) con él y sus dientes te laceraron (debieron de hacerlo) para dejarte en el costado esa herida menguante y los dos teñisteis (debisteis de hacerlo) las olas de sangre y tú le cortaste (debiste de hacerlo) la lengua y dejaste que su mole se hundiera para convertirse en pasto de otras criaturas, éstas más diminutas, y regresaste a bordo, templada ya tu fuga de rabia mientras trepabas, mientras resbalabas, y la tripulación te llamó deícida y te dio las gracias antes de desterrarte también y lo único que sentiste por ellos fue compasión y fingiste que la droga que te echaron en la carne en la isla siguiente había surtido efecto y fingiste no estar despierto, escuchándolos levantarse, recoger sus herramientas y sus talismanes y alejarse a hurtadillas, volver a sus embarcaciones sin hacer ruido, o eso se imaginaban, y no te moviste mientras oías cómo se hundían sus remos en el manso oleaje.

Es ahora cuando te sientas, solitario, bañado por el sol cegador e implacable, cuando hace tiempo que ya no están al alcance de la vista. Te han dejado comida y cantimploras de agua.

Sin compañía, sin barca, caminas de nuevo.

Te deslizas por un manto de derrubios e introduces en tu atuendo todas las piedras que es capaz de alojar.

Caminas cargado. Sales de los restos achaparrados de la espesura, dejas atrás la curiosidad de las aves de vivos colores y te adentras en los bajíos, con los pies lacerados por los moluscos y vendados en respuesta por la aterciopelada calidez de las algas. Espuma, primero. Luego, el agua hasta la cintura, el pecho, los hombros. El cuello. La barba, los labios firmemente apretados.

Te llenas los pulmones de aire antes de dar el siguiente paso y tomar esa carretera de coral que discurre entre las islas. La salmue-

ra caliente se cierra sobre tu cabeza y miras a través de ella, contemplas el sol, el sol te devuelve la mirada y te cuentas las historias de tu vida mientras te sumerges.

No, no eres el ser más longevo que haya vivido jamás, estás seguro de eso. En algún continente lejano debe de proliferar algún conjunto de álamos con un solo complejo de raíces en común, nacidos quizás un día antes que tú. Debe de haber millas de praderas marinas surgidas de la misma brizna primigenia, ya antiguas muchas generaciones antes de que tú abrieras los ojos. Pero si hubiera en el mundo más seres vivos más viejos que tú de los que se pudiesen contar con los dedos de las dos manos, te sorprendería. Y llevas casi mil años sin experimentar ninguna sorpresa.

Ya lo decía tu madre. Eres un don. Fuiste un don. Tienes un don, te decía.

Cuando aún eras joven (joven, aunque ya con las facciones y el cuerpo de un hombre) te decía esas cosas. Y cuando te hablaba, la querías, como la quieres aún, si es que se puede querer a los muertos, pero el amor que le profesabas entonces era tácito, un fervor incuestionable y ajeno a los matices de la edad, a las suspicacias de las que el mundo te imbuye, y ella, ahora lo sabes, lograba enmascarar con cierta facilidad sus preocupaciones y su desdicha para responder, lo recuerdas nítidamente, que también te quería. La cadencia de su orgullo resuena todavía en tus oídos. Hubieron de transcurrir varias generaciones después de su muerte para que tú, al rememorar su rostro, comprendieras la emoción allí contenida. Orgullo, sí, pero también pesadumbre por ti. Te admiraba y le preocupaba la admiración que sentían los otros, lo que iba a suponer para ti. Te consideraba un regalo de los dioses, sí, un don tanto para ella como para todo su pue-

blo, pero ¿acaso no te consideraba también una maldición? El amor que te profesaba: ¿cuáles fueron sus consecuencias?

Llevas el tiempo suficiente bajando por esta pendiente, acarreado tu lastre de pizarra, como para que ese plano convulso donde el mar y el cielo se encuentran quede tan por encima de tu cabeza como la copa de un roble sobre la de una mujer en una senda del bosque. Contemplas los jaspeados reflejos del sol entre la bruma y el escozor propios de la visión submarina.

Al principio, te contó tu madre, sólo existía la Nada. Todo estaba en reposo. Luego surgió Algo que truncó la paz de la Nada. De aquel Algo surgieron Cosas en tromba, clamor y movimientos y cantos, tinieblas y luz y crepúsculo, rocas y estrellas y agua y fuego y helor. El fango y el légamo surgieron de ellas. De ellas surgieron motas fugaces. Y también, al cabo, los árboles y las aves, nosotros.

Ahí están ahora, la presión y el dolor en el pecho, la celeridad de la sangre, los tambores de tu corazón.

En cierta ocasión te pasaste siete años inmerso en una cultura de las estepas desaparecida hace ya mucho tiempo. Te sumergiste en sus estanques sagrados. Un poco más cada día. Aquellas técnicas te acompañan aún, al igual que todos los recuerdos. Todavía eres capaz de aguantar la respiración durante varios minutos. No será agradable, pero sí posible.

Tensas los músculos del estómago y extiendes una mano para apoyarte en el tronco viscoso, invertido, de un quelpo inmenso y la materia que forma tu camino ondula y fluctúa, ahí está. ¿Es una anguila eso que te pregunta qué eres? ¿Son esos cardenales animados que te empañan la vista peces atentos que han venido para interrogarte? Asientes diplomáticamente ante las visiones y te sumerges en unas aguas aún más opresivas, aún más oscuras.

Éramos nómadas, te contaba tu madre. Encontramos un valle. Nos asentamos en él. No éramos guerreros. Cuatro veces al año llegaban unos jinetes, una banda abigarrada, vecinos nuestros, una coalición temporal con la rapiña por todo objetivo, empuñadas sus armas para llevarse nuestro sustento, para mermar nuestras familias, para hacer de nosotros esclavos, víctimas, presas.

Al pasar por debajo de un arco de coral, en tu mente, con delicadeza, susurras: «Madre, ¿sabes cuántas historias empiezan así?».

Un pez piedra te ve contarle a su recuerdo que, en las épocas posteriores a su muerte, a la gente se le olvidó cómo se montaba a caballo y éstos se volvieron salvajes de nuevo; la gente volvió a aprender tiempo más tarde, y volvió a olvidarlo después.

Se cebaban con nosotros y sangrábamos, relataba tu madre, ¿y quién necesita un arma más que quienes no han nacido para la guerra? Necesitábamos una herramienta, dijo ella. Así que se la pedí a los dioses.

¿Qué pasó?, le preguntabas. Su hombrecito, sentado a su lado (demasiado grande ya para hacerlo en sus piernas), con los ojos como platos. ¿Cómo te comunicaste con ellos?

Preparé una pócima, fue su respuesta, para hacerme soñar. Algunas plantas son sendas, ¿lo sabías, pequeño Unute?, como también puede serlo la carne.

Unute es tu nombre, continuó. Unute fue lo que el brebaje dijo a través de mí aquella noche.

¿Qué hiciste?, le preguntaste.

¿No te lo estoy contando?, dijo ella. Sólo tienes que escuchar, Unute. La pócima abrió las puertas de la tormenta y me transportó a un lugar azul, donde habita la tormenta, o fue ella la que vino a mí, o quizá nos reuniéramos en el umbral, y forniqué con el rayo, y al día siguiente tenía el vientre abultado, y te llamamos el Niño Impaciente. Llegaste dos lunas después.

Entonces, ¿mi padre no es mi padre?, quisiste saber.

No digas tonterías, replicó ella. Tu padre es tu padre, tu padre de día, como el rayo azul es tu padre de noche. No interrumpas nunca una historia, Unute, si no quieres que se marchiten las flores. El fuego no te daba miedo y tampoco gritabas de dolor cuando jugabas con los palos en llamas. Tres lunas más tarde mataste a un lobo que había venido en busca de despojos, lo abatiste con los dientes, con unas manos todavía pequeñas. Una estación después de aquello estabas jugando con los chicos, luchando con unas porras con hachas que les habíamos copiado a los saqueadores, y todavía ignoro si lo tuyo era un juego o un conflicto real, tan sólo sé que la guerra que llevabas dentro vio la guerra que ellos estaban representando, igual que antes viera los labios replegados del lobo, y a través de ti se abrió paso.

Dijiste no haberlo hecho a propósito y tu padre les concedió a los padres del chico muerto el derecho a cantar la endecha de sangre; después de aquello continuaron odiándote por la suerte que había corrido su hijo, pero también supieron reconocer que tú eras el arma que necesitábamos, y a su difunto vástago lo denominamos la piedra de amolar que te había afilado.

La luz no está ausente por completo del agua a través de la que caminas. Sabes que tendrías que descender mucho más para eso, que las saetas del sol se extienden a gran profundidad en el mar, pero hace frío, en tu ubicación reina la penumbra y los animales que te observan poseen el carácter furtivo propio de quien mora en las sombras. Pese a todo, el camino continúa bajando, han pasado tantos minutos que ya te duele la cabeza y la presión del agua es como un torno.

Sigue adelante, Unute.

Aprendiste con el mejor lancero de la banda, decía tu madre. Y tus heridas sanaban en cuestión de días en lugar de meses, pe-

queña arma. Y cuando tus ojos comenzaban a relucir con el color de los de tu padre, a refulgir tan azules como el rayo de tu padre de noche, te metíamos en el foso con las grandes bestias que a tal fin capturábamos. Se pensaban que te estábamos entregando a ellas, cuando era a la inversa. Ejecutabas tus pasos de guerra y descuartizabas osos, dientes de sable y monstruos de los ramales de la montaña, y si en aquellos espasmos de ensueño, en el trance que te poseía hasta el punto de rugir y transformarte en una bestia a tu vez, si ocasionalmente hacías pedazos a tus maestros o les arrancabas los brazos a tus compañeros de juego y éstos acababan desangrándose sin entender qué había pasado, si alguna vez le hundías las costillas a alguien, en fin, todos sabían que no convenía acercarse demasiado a Unute, el arma, cuando éste estaba transido. Todos sabían que había que correr y esconderse cuando las centellas despuntaban en tu mirada. No eras un niño díscolo, sino algo peligroso, y siempre lo lamentabas más tarde, como también siempre había alguien que no tenía cuidado.

Y entonces, dijo ella, regresaron los saqueadores.

Arrastras los pies por una cañada abovedada con doseles de coral y cada instante que pasa es una nueva llamarada en tus pulmones cerrados. Tu madre siempre entona esta parte de la historia como si de una canción se tratara, así que ahora eres tú el que canta en el agua, abriendo la boca para las morenas atentas. Canta ella, tú cantas:

¡Escuchad!

Aquellos jinetes

de amenaza ocre pintada en la cara

se rieron ante el pacifismo ofrecido

y cabalgaron hasta donde las montañas miraban

donde el rayo del padre de noche había vertido su simiente

en aquel niño arma.

¡El de los ojos, Unute!

Filo de hacha, en cóncave, infante, punta de lanza.

Avanzó danzando
entre los caballos,
entre sus jinetes.

Ésta es su fuga.

¡Rabia de guerra! ¡Hamask!

¡Espasmo del trance!

¡Frenesí! ¡Furia!

Unute tomó la senda sangrienta

Unute pulverizaba los huesos

Infatigable, aun erizado de flechas

Pues él era el machete,

el terror.

Él era el destructor de todas las cosas.

Cómo te queríamos, dijo tu madre. Te envolvimos en mantas cuando acabaste con ellos. Seguías siendo un bebé. Te arropamos, lavamos la muerte que te celaba y te dimos las gracias, te cubrimos de halagos.

Cada nuevo paso es una tortura. Cuando te metiste en la espuma esperabas que el declive desembocara en otra pendiente, en otra ladera por la que ascender tras haber caminado un rato a pesar del tormento de la cabeza, el corazón, los pulmones, ésa era la apuesta, que en el arrecife hubiese un promontorio lo bastante próximo a la superficie como para permitirte asomar la cabeza, aspirar una bocanada de aire antes de que se te colapsaran los pulmones, y así llegarías a tu destino, por medio de esa secuencia

de picos y valles, y si la caminata avivara en ti el vigor de la guerra, el ansia invertida, la necesidad de destrucción en el frío resplandor de tus ojos, esperabas desquitarte con los tiburones y las torres de coral antes de proseguir la marcha, de dejar atrás el agua teñida de sangre en tu temblorosa excursión a los continentes meridionales. Esperabas que bastara con eso.

Hace tiempo que identificaste en ti, sin importar cuantas pruebas recabas sobre lo absurdo de la idea, una sensación de inevitabilidad. De que ciertas cosas deben suceder a fin de moldear esa historia que son todas las vidas. Se trata de un anhelo que has visto en casi todas las personas con las que te has cruzado, una inclinación peligrosa que, por compartida, te impulsa a titubear a la hora de declarar que no eres humano.

Un presentimiento equivocado, más que acertado, en infinidad de ocasiones.

Este camino no hace sino continuar descendiendo, adentrándose en la zona más sombría del mar. Y tú avanzas cada vez más despacio, con los dedos demasiado entumecidos ya como para retirar las piedras de tu ropa.

La historia que hay en ti se acelera. Ya no es la voz de tu madre. Ésta es la que te cuentas tú a ti mismo, basada en recuerdos e investigaciones, en conclusiones e indicios.

Has llegado a un ensanchamiento en el que (¡Mira!) el azul se oscurece y ya no hay nada más tras esa pared de coral, te encuentras al borde de un precipicio más allá del cual sólo se extienden las más negras aguas. Tropiezas. Aun con la bruma que te nubla el pensamiento, tu versión de la historia continúa acelerando porque aún no has llegado al final, primero, y porque ya te queda cada vez menos. Deprisa, en tal caso.

Siempre hubo más tribus que temer, que detener, que frenar antes de que empezaran, decían, lo decían tu banda y tu padre de

día, y también tu madre, hasta que dejó de decirlo. Te animaron a desencadenar tu rabia de guerra sobre pescadores, habitantes de las montañas y edificaciones en la nieve cuyas columnas hace ya tiempo que se redujeron a polvo, aunque, cuando tú coronaste aquel sendero que discurría entre las montañas, formaban parte de la ciudad más majestuosa que haya existido jamás.

Entraste

descuartizado el rey descuartizados los guardias triturados los huesos atrás el gran salón bañado en sangre escalinata abajo descuartizado hasta el último habitante de la ciudad y tú sentado en la cumbre de una pirámide de cadáveres. Viste

un rayo caer a lo lejos, rojo en esta ocasión, y tu padre también lo vio y maldijo a tu madre y tú lo viste en el valle y él le arrebató algo a ella y arrojó algo al foso donde tú antaño habías hecho pedazos a osos y le gritó a tu madre cuando ésta le dijo que temía por ti y quería que tu dolor terminara, tú no sabías de qué estaba hablando porque ignorabas que lo que sentías no era sencillamente lo que significaba estar vivo. Decidiste preguntárselo y seguiste a tu padre de día pero en una quebrada te recibieron diez mil flechas y entraste en *hamask*, mutaste en la versión azul, resplandeciente, furiosa de ti mismo y ejecutaste tus cambios, sangrientos e imperiosos, sobre los atacantes y sobre aquellos miembros de tu banda que incumplieron las escrituras sobre guardar las distancias y oíste gritar a tu padre y supiste que era una trampa y una distracción y volviste en ti lo justo para seguirlo, para adelantar a los últimos caballos hasta llegar al campamento y

encontraste a tu padre acucillado junto a tu madre, muerta a manos de los invasores, y sentiste un páramo en tu interior y le dijiste que aquel páramo era obra suya y te alejaste y volvieron y lo mataron también a él y tú seguiste caminando hasta las piedras de un lugar de reunión en el que aguardaba un ejército integrado

por todas las tribus a través de las cuales habías abierto tu senda.

Cuando, con las armas levantadas, acudieron a tu encuentro, tú no les levantaste la mano.

Al filo del fondo marino, ahí estás, arrastrándote como un sediento por el desierto hacia una oscuridad que contemplas fijamente como si de un ojo se tratara y esto es el fin, no puedes incorporarte, las piedras te inmovilizan y las tinieblas se elevan procedentes de los cañones de las simas del mundo, unas tinieblas que se extienden por la periferia de tu visión y descienden, más poderosas ahora que el brillo del sol, derramándose en el mar desde las lóbregas regiones del espacio para envolverte como una mortaja y tú te tumbas, ya no sabes si de costado o de bruces pero ya no ves nada y sí, esto es el fin.

Recuerdas el impacto de las armas de tus enemigos, milenios atrás. Incapaz de evitarlo, aspiras las terribles aguas del mar.

El dolor que te martiriza los pulmones no cesa. Ahogarse siempre ha sido la forma más horrible de morir.

Te mueres.

y se produce un empujón
un empujón y la liberación
de una valva en medio de los sedimentos espesos, viscosos,
de sangre y jirones de piel y aquí estás de nuevo, restaurada ya
tu razón, desnudo y en carne viva, con la sal ardiendo en tu piel

nueva, purificándola, y en este momento es cuando se te deniega esa primera bocanada de aire, tan agónica como deliciosa, con la que has recibido tus eclosiones en el aire; distingues la caverna del óvulo del que acabas de surgir, fruto de la insólita fertilidad de cadáver ahogado, encallado, encajonado en aquella cresta marina, igual que surgiste de tu primer huevo en aquel lugar de piedra fustigado por el sol en el que por primera vez te desmembraron y descuartizaron, igual que has surgido de todos los demás huevos desde entonces, cuando eliges o te ves obligado a rebasar los límites incluso de tu cuerpo obstinado, renacido tan desnudo como la primera vez que naciste, por lo que ya no hay piedras ni bolsillos para ellas siquiera, e incluso sin aire dentro de ti puedes flotar y te dejas llevar a la deriva para averiguar en qué dirección se encuentra la superficie. Pataleas ahora en esa dirección.

Rompes ahora esa superficie y, por fin, aspiras tu primera bocanada de aire.